

THÉMATA. REVISTA DE FILOSOFÍA. Núm. 39, 2007.

ANTROPOLOGÍA DEMOCRÁTICA

Pablo López López. IES Caballero Bonald. Jerez de la Frontera.

Dedicado a mis alumnos de antropología y sociología del IES "Caballero Bonald", Jerez de la Frontera

Resumen: En el marco de las ciencias humanas la antropología debe armonizar sus diferentes disciplinas principales y secundarias hasta ser global. Una antropología global incluye un humanismo antropológico que oriente hacia un modelo social de convivencia. Tal modelo viene a ser el de la democracia, que también ha de ser global: humanista, regenerada en sus instituciones y participativa. La síntesis de una democracia global con el contexto de una antropología global es una global antropología democrática.

Abstract: In the framework of humanistic sciences, anthropology must harmonize its different branches, both the main ones and the secondary ones. A global anthropology involves an anthropological humanism leading to a social model of citizenship. This model is the democratic one, which ought to be global as well: humanist, regenerated in its institutions and participative. The synthesis of a global democracy and the context of a global anthropology is a global democratic anthropology.

1. Antropología Global: ciencia humana y modelo de humanidad

La antropología se sitúa entre las ciencias humanas o humanidades. Éstas se distinguen por dedicarse al estudio de lo espiritual y libre, de aquello que directamente no es experimentable ni reducible a previsiones fijas y cuantificables. Por definición, el libre espíritu humano no puede aprisionarse en férreas fórmulas matemáticas. Sólo las probabilidades estadísticas nos dan cierta orientación, algo que sucede incluso en muchos datos de lo material, como en física cuántica.

Entre ciencias humanas y humanidades puede adoptarse un matiz distintivo. Estriba en que éstas abarcan las primeras y añaden disciplinas con un carácter más práctico y estético, como la literatura y las bellas artes en su propia dimensión productiva. Escribir un poema no es un acto científico, aunque entraña y expresa conocimientos sutiles; y, desde luego, es un cultivo práctico y estético de la humanidad. La antropología se concibe en sentido estricto como una ciencia humana y como síntesis de las ciencias humanas, pero además tiene, como las demás ciencias humanas, una vocación a la aplicación práctica. La antropología parte de la experiencia humana, de la que aprende, y se dirige a una mejor organización de la experiencia humana. Así cultivamos mejor nuestra existencia. Por tanto, digamos que la antropología, en sentido amplio, pertenece a las humanidades. *Una antropología completa es ciencia humana que orienta un modelo de humanidad.* Como seres humanos nos vamos conociendo mejor para ser mejores.

De alguna manera todas las humanidades son antropológicas, porque estudian al hombre, pero lo son desde perspectivas bien diferenciadas y especializadas. Las principales *humanidades más especializadas* son la psicología, la pedagogía, la semiótica, la lingüística, la filología (con archivística y biblioteconomía), la historia (con arqueología), la sociología, la geografía humana, la demografía, la politología, el derecho (con criminología), la economía y la sexología. Esta es de las que incluye más datos de ciencias biomédicas (genética, fisiología, etc.) y medioambientales. Una parte de estas ciencias humanas más especializadas (v. gr., geografía humana y demografía) navega entre multitud de mediciones y parámetros numéricos, pero en el fondo trata sobre el poco previsible comportamiento humano. Todas se aplican y algunas tienen una neta vocación práctica. También la poseen incluso en su dimensión teórica las bellas artes (musicología, cinematografía, pintura, etc.) y las ciencias de la información y la publicidad.

Además de las humanidades más especializadas, tenemos *las ciencias humanas*

de visión más general o global: la filosofía, la teología y la antropología. Su campo de estudio es más amplio y su nivel de abstracción es promedialmente mayor. Dado que el conocimiento de Dios redundaría de inmediato en el conocimiento del hombre, la teología es ciencia humana y recoge aspectos tanto especulativos como experienciales y prácticos. Igualmente es ciencia humana la filosofía, si bien desde sus vertientes epistemológica, metafísica, ética, estética y antropológica más bien constituye la base común a todo tipo de saber y ciencia y a todo tipo de vivencia y praxis. La filosofía no es ciencia como lo son las sometidas a mediciones numéricas, ni es sólo ciencia. No obstante, en un sentido amplio, pero real, la filosofía es ciencia por ser la base epistemológica y ética de las ciencias. Y no sólo es ciencia, ya que incluye también la dimensión estética y subjetiva del ser humano, expresándose con frecuencia bajo la forma artística, figurada y simbólica de la literatura.

CIENCIAS HUMANAS:

(a) *Visión más global:*

1) Filosofía y Teología

2) Antropología:

2.1) Disciplinas fundamentales: Antropología Filosófico-Teológica, Cultural y Física

2.2) Disciplinas particulares: Antropología Lingüística, Literaria, de la Religión, Psicológica, Económica, Política, Legal, Forense, Médica, de la Sexualidad, Ecológica

(b) *Visión más especializada:*

Sociología, Geografía humana, Demografía, Politología, Economía, Derecho, Historia, Semiótica, Lingüística, Filología, Bellas artes (dimensión teórica), Ciencias de la información y la publicidad, Sexología, Psicología, Pedagogía

Si bien la antropología también alberga especialidades o perspectivas diferentes, mantiene un mayor grado de generalidad en su visión de lo humano. De hecho, *la antropología constituye la ciencia que estudia globalmente al hombre*. Básicamente la antropología se ordena en cuatro disciplinas principales: la antropología física, la cultural, la filosófica y la teológica.

La antropología física se inserta metodológicamente en el campo de las ciencias naturales o netamente empíricas. Constituye así un puente entre el terreno de las humanidades, centro del conjunto de la antropología, y las ciencias naturales o de la materia. Las más próximas son las disciplinas científicas del arte médico, como anatomía y fisiología, que estudian el cuerpo humano. Especialidades más aplicadas como la antropología forense se encuadran en este ámbito de la humanidad física o somática. La antropología física es un claro fundamento de ulteriores estudios antropológicos y humanísticos. Posee un evidente enfoque global y universal al ocuparse de la común dimensión somática de todos los humanos. La antropología física es obviamente antropología biológica e incluye la paleoantropología.

La más en boga hoy en día es *la antropología social o cultural*. Estudia al hombre en cuanto ser culturalmente diferenciado, procurando una percepción amplia o global de las culturas. Analiza las sociedades en cuanto generadoras y transmisoras de una cultura peculiar. La filosofía de la cultura, en cambio, se fija en el hecho cultural genérico, siendo aún más abstracta. La filosofía de la cultura es antropología filosófica. Tampoco podrá confundirse la filosofía del lenguaje (grado mayor de abstracción y del área epistemológica) y la antropología lingüística (grado intermedio y derivada de la antropología cultural); ni éstas con la lingüística (grado menor). La antropología cultural no deja de ser próxima a la sociología y la historia, pero de nuevo descuella por su tendencia más globalizante o universalizadora. De ahí, su preferencia por las visiones globales de las culturas, por la comparación con los pueblos más "exóticos" o diferenciados, por los aspectos más profundos de las idiosincrasias sociales. En el entorno de la antropología cultural se hallan: el trabajo

de campo sobre una cultura concreta propio de la etnografía; y el estudio comparativo de culturas desarrollado por la etnología. La diferencia sutil señalable entre la antropología “cultural” y la “social” se daría entre el planteamiento holístico o completo que sobre una cultura realiza la antropología cultural, y la especialización de la social en algún aspecto de la cultura, acercándose así a la sociología. De nuevo se trata de una diferencia por grado de abstracción o generalidad.

La antropología filosófica es la que antes, ya en la antigüedad, alcanzó madurez, gracias a sus indagaciones sobre la naturaleza y el destino humanos, el sentido conjunto de la historia y la relación entre cuerpo y alma. Su temática estuvo en gran medida cubierta por la “psicología racional”. Constituye una síntesis de toda la actividad filosófica y evidencia su línea de máxima universalidad antropológica y filosófica.

Por temática y grado máximo de abstracción la antropología filosófica bien puede incluir *la antropología teológica*. La visión más clásica, representada por Aristóteles, coloca la teología dentro de la filosofía, en su cúspide, como “filosofía primera”. Generalmente, la comprensión antropológica de los pueblos y de la gran mayoría de sus sabios o intelectuales ha ido unida o entrelazada con la comprensión teológica. La visión sobre lo divino y lo humano se condicionan íntimamente. Incluso los ateísmos y los agnosticismos condicionan decisivamente la correspondiente antropología. Lo claro es que seguimos necesitando una antropología teológica natural, tal como, en general, existe una teología meramente natural. Ésta es preparatoria de la teología abierta a lo sobrenatural, es decir, a concertar la verdad natural con la asimilación racional de una global revelación sobrenatural del Ser sobrenatural.

En todo caso, la llamada “antropología teológica” académica suele desarrollarse desde la perspectiva de una teología confesional o comunitaria (sea o no sobrenatural): antropología budista, islámica, cristiana, etc., con las respectivas variantes intraconfesionales (mahayana, theravada, sunní, chii, católico-ortodoxa, protestantes, etc.). Aún *la antropología cristiana católica*, la más perfilada de las antropologías teológicas, tiene hoy una configuración muy reciente y de temática harto heterogénea, que bien puede recibir otros ordenamientos. Distingue: la parte fundamental, sobre áreas tan diferentes como la teología de la creación y el tratado de las virtudes teologales; y la parte especial, que recoge el tradicional tratado sobre la gracia. Desde tales temáticas se puede confeccionar una cosmología cristiana y una ética cristiana. De hecho, todas las disciplinas de la teología cristiana pueden concebirse y denominarse como disciplinas filosóficas. La heterogeneidad temática de la antropología teológica cristiana se explica como en otras disciplinas antropológicas, donde se reúnen temáticas variopintas, pues el microcosmos humano da para mucho.

Aun siendo reciente el uso del término “antropología teológica” como denominación de una disciplina teológica, en realidad toda la teología cristiana siempre ha sido al mismo tiempo y en idéntica medida una antropología. Con independencia de su veracidad, lo cierto es que toda la reflexión, mensaje, enseñanza y tradición cristiana está centrada en Jesucristo, considerado a la vez y en igual medida Dios (theos) y hombre (anthropos). Consiguientemente, la Revelación (centrada en la Biblia), la Iglesia y la entera vida espiritual consisten en una equilibrada colaboración entre el don divino y sobrenatural y la tarea humana y natural. Incluso el tratado sobre el misterio intrínseco de Dios (esencia y trinidad) sirve de modelo para la cosmología y la antropología cristianas. En fin, *toda la filosofía desemboca en la antropología y toda la teología, especialmente la cristiana, es antropología*. La teología no se enclaustra en el tratado de un solitario dios, sino que se centra en la relación del hombre con Dios, irreductibles e indesligables entre sí. De hecho, la teología pertenece a las ciencias humanas. La misma antropología cultural en su vertiente de antropología de la religión alcanza sus cotas más profundas.

Además de las tres o cuatro disciplinas antropológicas fundamentales (la filosófica y la teológica son unificables por temática y objetivo), recordemos *las disciplinas antropológicas particulares o monotemáticas*, que poseen un objeto de estudio más preciso, como las ya mencionadas antropología lingüística o antropolo-

gía forense: la antropología legal, la médica, la de la religión, la de la sexualidad, la económica, la política, la ecológica, la psicológica (incluyendo la cognitiva) o la literaria. Como se ve, se asocian a una ciencia humana particular. Pueden oscilar entre planteamientos de antropología filosófica y de antropología cultural. Se nutren también de estudios de la ciencia particular correspondiente (derecho, medicina, etc.).

A su vez, las distintas disciplinas antropológicas, principales o secundarias, se desarrollan según diferentes *escuelas antropológicas*. Por ejemplo, dentro de la antropología cultural encontramos una “antropología evolucionista”, “difusionista”, “particularista” o “estructuralista”. Estas escuelas o corrientes se presentan ante todo como opciones explicativas multitemáticas y en competencia recíproca. Dentro del enfoque filosófico diferenciamos otras escuelas: una antropología platónica, otra aristotélica, otra agustiniana, otra nietzscheana, etc. Desde un cariz eminentemente reivindicativo encontramos antropologías como la feminista, aunque ésta a su vez alberga líneas divergentes.

Consideradas las disciplinas antropológicas y sus respectivas escuelas, entre las visiones globales sobre el hombre también hallamos *la antropología como modelo de humanidad*. Dada su universalidad transcultural, el modelo se inscribe en la antropología filosófica, desde donde desciende a una o varias áreas como la ética, la política o la economía. En este sentido podemos estudiar y ensalzar grandes valores humanos partiendo de su respectiva base global humana: antropología del amor, de la esperanza, de la paz.

Tal es el sentido paradigmático que aplicamos al hablar de “*antropología democrática*”: *un modelo ético-político de humanidad*. No se trata de una mera construcción teórica, sino de un modelo que la humanidad ha ido preparando a lo largo de toda su historia. La naturaleza humana, bien desarrollada, tiende a la democracia, porque tiende a la libertad y a la libertad compartida. En la medida en que la humanidad ha ido madurando valores específicos de la vida democrática, ha cimentado la aparición de instituciones y prácticas democráticas. Con este modelo, en parte ya realizado, no sólo explicamos, sino también valoramos y argumentamos a favor de un estilo de vida social y personal. Es un modelo descriptivo y prescriptivo.

Así pues, “*antropología*” se entiende complementariamente como disciplina científica, que incluye escuelas o corrientes, y como modelo de humanidad. Pero siempre aporta una visión integradora o global sobre la realidad humana, tanto al describir como al prescribir.

Falta hacer, pues tanto se han distinguido y especializado conceptos y áreas humanas, que se han marginado sus respectivas imbricaciones y su unitaria presencia en la realidad. Así, nos referimos a “la ética”, “la política” o “la antropología” como si fueran entidades bien diversas. Las distinguimos como disciplinas de estudio, pero, por desgracia, terminamos separándolas como realidades. De ahí, *la importancia de la antropología con su visión holística o globalizadora sobre la vida humana*.

Sin embargo, hoy la propia antropología necesita urgentemente una vertebración que recupere un mínimo de unidad para sus diversas disciplinas. En el fondo, cada disciplina antropológica deja implícita cierta visión sobre las demás. Así, en toda escuela de antropología cultural es rastreable la antropología filosófica de la que parte. Pero ya es hora de superar la ambigua comodidad de los discursos implícitos. Ya es hora de construir *una antropología completa, desarrollando más su vocación a la globalidad*. Las cátedras, las asociaciones y los congresos de las diferentes disciplinas antropológicas han caminado demasiado tiempo por separado, simulando una distancia que no corresponde a la unitaria realidad humana. La interdisciplinariedad promovida entre otras ciencias debe impulsarse entre las disciplinas antropológicas.

Desde estas páginas convocamos a antropólogos de diversas áreas a que se abran a la cooperación y elaboren, para empezar, *un tratado sintético que cubra todas las disciplinas antropológicas*. Así obtendremos una antropología global, y con ella una auténtica visión global del hombre. La humanidad ha acumulado muchos

datos sobre sí misma, pero carece de la suficiente integración y armonización entre ellos. Hoy padecemos una cultura de la fragmentación, pero la verdad sólo está en el conjunto y en la amplia armonía. Hemos de construir *una antropología interdisciplinar, tanto en su vertiente teórica de vasta contemplación del fenómeno humano, como en su vertiente crítica e iluminadora de la acción humanizadora.*

2. Democracia global: humanismo, separación de poderes y participación ciudadana.

Desde una antropología interdisciplinar sólidamente argumentada y comprometida moralmente con el humanismo desarrollaremos adecuadamente una global antropología democrática. Sólo desde una antropología global o completa podremos desplegar una democracia global, íntegra, sin mutilaciones, plenamente expresiva de un modelo ético-político de humanidad. El sujeto protagonista de la democracia es el ser humano en toda su globalidad y profundidad. Necesitamos una visión completa y articulada de lo humano para comprender y practicar una democracia digna de tal nombre. El lema es: *una antropología global para una democracia global.*

Primero hemos de conocer la democracia cualitativamente global para después aplicarla extensamente global, en todo el mundo. Hoy muchos países, grupos y personas se proclaman “democráticos”, pero muy pocos cumplen un mínimo de tal categoría. Da prestigio presentarse como demócrata, porque se valora lo que se intuye bajo tal denominación.

No obstante, *reina una penosa confusión sobre los profundos requisitos mínimos de la vida democrática.* La confusión empieza por creer que la democracia se reduce a un sistema político y que carece de una antropología o modelo inteligente de humanidad. Es insólita y sorprendente la unión de los conceptos “democracia” y “antropología”. “Antropología democrática” es un concepto que no aparece en diccionarios o manuales de antropología, ni siquiera en los de antropología política. Tal laguna se debe a la falta, ya expuesta, de una plena antropología global. Pero también deriva de la carencia de una visión global de la democracia.

La democracia es una realidad tan compleja, profunda e importante en la vida humana, que no podemos permitirnos una visión parcial o somera de ella. La aportación de la antropología, con sus planteamientos interdisciplinarios y transculturales, será decisiva en la revitalización de una teoría global de la democracia que sustente sociedades auténticamente demócratas. *Necesitamos una democracia global, sostenida por una antropología global.* Ante todo, el hombre demócrata debe ser hombre.

Dado que se tiende a reducir el hecho democrático a una cuestión “política”, *la “antropología democrática” fácilmente puede malentenderse como mero asunto de antropología política,* aunque no aparezca en obras como la de Ted C. Lewellen (Introducción a la Antropología Política, 1994). Tal estrechamiento de horizontes se agrava porque el concepto de “política” a su vez tiende a ser reducido a la actividad de los dirigentes políticos. También necesitamos, pues, una visión más amplia de la política, de acuerdo con el modelo clásico heleno. De lo contrario, lo que debía representar un modelo de humanidad válido para todo ser humano, la democracia, podría quedarse en una “mini-antropología” para oligarquías más o menos populares, en un manual de “príncipes”.

La democracia, el poder global humano encarnado por el pueblo, es mucho más que política. Es vida moral (no sólo se basa indirectamente en una moral) y, como global experiencia humana, es antropológica. Un pueblo, su cultura e historia, es más que política: arte, religión, ocio, etc. El poder humano, los poderes o potencias de una comunidad, son más que política: el poder sobre los propios impulsos, el poder compartido en la familia, el poder divino confiado a los humanos, etc. Por añadidura, la política es más de lo que suele entenderse hoy por “política”: es convivencia activa y responsable de todos los ciudadanos en la propia sociedad. “Los políticos” nos son, como se cree, una élite de dirigentes o gobernantes. Políticos, como adultos responsables del bien común, somos todos. Y a toda la humanidad es

aplicable el modelo de vida social de la antropología democrática, aunque por el deterioro antihumanista de algunas sociedades cueste más su asentamiento. La libertad compartida es difícil, pero en definitiva todo ser humano aspira a ella.

La democracia también se desarrolla en el terreno denominado "político". Pero *lo político en sí mismo y particularmente la democracia tienen como núcleo real una global experiencia moral*. La noción de moral tiende a relegarse o a confundirse con un código tradicionalista. En realidad, la moral consiste en la vivencia de la libertad dirigida a la felicidad. El humano sólo es verdaderamente libre y feliz si cultiva el humanismo o fomento prioritario de los específicos valores humanos.

No sólo la antropología debe exigirse un humanismo amplio, coherente y profundo, sino que la propia democracia es amplio, coherente y profundo humanismo. Eso sí, el humanismo no ha de quedarse en una bien sonante apelación ambigua. Si entramos en una gran precisión de su significado, podemos enredarnos. Pero al menos debe quedar claro, para nuestra supervivencia física y mínima lucidez mental, lo siguiente: que el humanismo o cultivo prioritario de lo humano es patrimonio de la humanidad y no propiedad de ningún grupo, aunque ciertos grupos y épocas lo han desarrollado más; que es imprescindible la fidelidad al principio de no matar a ningún ser humano, criterio más preciso y básico que el de no dañar a nadie ("neminem laedere"); que si el principio mínimo es el no matar, el principio máximo al que acercarse es el de amar a todos los seres humanos. *En antropología y democracia el universal humanismo mínimo es no matar a humanos y su vía de crecimiento hasta el máximo es el amor universal o global*. ¿Cómo cultivar lo humano matando o malqueriendo al humano? No habría humanismo. ¿Por qué perseverar en un amplio estudio de la humanidad si ésta es despreciada o aniquilada? No tendría sentido la antropología. ¿Para qué proclamar la soberanía popular si se elimina o menosprecia a la población más débil? La afirmación de democracia sería totalmente hipócrita.

Una pretendida "democracia" que por sistema permita cualquier homicidio, es de hecho un régimen radicalmente antihumano y por tanto antidemocrático. Donde la biología y la medicina establezcan la existencia de un ser humano, debe reconocerse un derecho prioritario inalienable: el derecho humano a la vida. Así, por ejemplo, donde una ecografía muestre al ser humano vivo en estado embrionario o fetal, es inhumano y antidemocrático invocar cualquier conveniencia para justificar la eliminación de tal vida humana inocente e indefensa. Además de causar la muerte masiva de humanos indefensos, el abortismo es radicalmente antidemocrático por los riesgos diversos que impone y oculta a la mujer y por acarrear una decadencia social y demográfica. Necesitamos una democracia viva, que fomente la vida, y no una democracia muerta, que imponga la muerte.

Al aplicar coherentemente las exigencias mínimas del humanismo democrático, *resulta imposible reconocer como democrática la mayoría de los países que presumen de serlo*. Su única ventaja se reduce a estar menos envilecidos que otras dictaduras más descaradas. Hoy en día las principales dictaduras más brutales siguen siendo los totalitarismos de inspiración marxista (v. gr., China, Cuba, Corea del Norte) o islamista (v. gr., Arabia Saudí, Marruecos, Irán); y no como tanto exaltado anacrónico pretende con su caza de brujas "antifascista". Mussolini y similares desaparecieron felizmente hace muchas décadas. Pero incluso un país como los Estados Unidos de América carece sustantivamente de democracia por avalar la pena de muerte y el abortismo, aparte de otras graves deficiencias democráticas. Excepto la República de Irlanda, Polonia y Malta ningún país europeo merece el nombre de democrata en 2007. La ONU (Fondo para la Población Mundial, CEDAW, etc.) y la Unión Europea, en lugar de promover con autenticidad la democracia y los derechos humanos en el mundo, financian y sustentan el abortismo neomalthusiano y la antifamiliar ideología de género. Manipulan nobles objetivos, como la emancipación de la mujer, para imponer la agenda de poderosos grupos minoritarios de presión de ideología inconfesable. La democracia no puede exigir una perfección humana, pues el ser humano nunca es perfecto, pero sí un mínimo de humanidad: el de no matar a la humanidad.

Ahora bien, no podemos conformarnos con un respeto elemental a las vidas

humanas en todas sus fases. *Hemos de democratizar todos los aspectos de la vida social, desde la educación hasta la economía.* La educación debe estar presidida por el humanismo y la solidaridad práctica con los más necesitados. La economía debe tender a la autogestión ciudadana, evitando tanto la injerencia del Estado en la iniciativa social, según el principio de subsidiariedad, como el desmedido capitalismo oligárquico de las multinacionales. No es lícito seguir confundiendo interesadamente lo público y lo estatal, aunque el papel del Estado sea importante y no se justifique su desmantelamiento capitalista.

Igual que se procura evitar los monopolios y oligopolios económicos, deben impulsarse *normas para evitar la excesiva influencia de grupos de presión incontralados ("lobbies") y el oligopolio en medios de comunicación.* La España actual es un caso de asfixiante escasez de pluralismo mediático: el pensamiento único de todas las televisiones de ámbito nacional y de la mayoría de escala local; la abrumadora presencia de grupos mediáticos como PRISA, Zeta y Vocento, etc.

Suele reducirse la democracia a un procedimiento de elección del poder legislativo. Ya es un error la reducción procedimentalista, ausente de valores humanistas estables. Ya es un déficit democrático la serie de trabas a la voluntad popular interpuestas en diferentes procesos de comicios legislativos: v. gr., listas cerradas y bloqueadas, más propias de una partitocracia que de una democracia. Todavía muestra una mayor devaluación de la democracia el que el principal poder, el ejecutivo, no pase directamente por las urnas y sea una mera derivación oscurantista de la formación mayoritaria elegida para legislar.

Sin embargo, *la democratización del poder ejecutivo es tan necesaria como fácil de aplicar.* Es necesaria porque el votante debe saber de antemano qué personas precisas le van a gobernar en las diferentes áreas principales (educación, sanidad, infraestructuras, orden público, agricultura, industria, economía, etc.). No basta con conocer al candidato a la presidencia del gobierno nacional, regional, provincial o municipal. Las candidaturas deben integrar, además de los programas, los equipos de gobierno, de los que se conozca el patrimonio, la preparación intelectual y la experiencia profesional y política. En esta línea avanza una democracia global.

Lo triste es que no sólo no se democratiza el poder ejecutivo, sino que el legislativo está excesivamente supeditado al ejecutivo, el menos democrático de los dos. Y lo que es aún peor, en muchos países como España la independencia del poder judicial está muy minada por las intromisiones sistemáticas del poder ejecutivo, por vía directa o a través del control sobre el poder legislativo. En tanto los órganos de gobierno de los jueces y el entero cuerpo de los fiscales estén intervenidos por el partido del gobierno, la independencia de la judicatura es una ficción o al menos es muy parcial. *Y sin real separación de poderes no hay Estado de derecho ni democracia.* Ya un vicepresidente de un gobierno español, controlado por una ideología estatista, declaró que Montesquieu había muerto. A las antropologías estatistas les produce alergia una real separación de poderes, pues consideran que el ser humano precisa de un Estado omnipotente y omnipotente, un gran hermano compacto y sin fisuras, providente para todo. Es la línea de Maquiavelo, Hobbes, Spinoza, Hegel y Marx.

Con todo, más allá de los importantes aspectos políticos e institucionales, el núcleo de la democracia global es el humanismo, pues la democracia es muy humanista. *El núcleo humanista de la democracia está en el diálogo, el amor y la libertad.* El diálogo sintetiza la dimensión inteligente y comunicativa del ser humano y de las culturas. Establece un plano de equilibrada diferencia e igualdad entre los ciudadanos-interlocutores. El amor, valor y realidad ya destacada como objetivo máximo del humanismo, desarrolla ejemplarmente la voluntad, la buena voluntad de los ciudadanos. Así, éstos quieren por encima de todo el bien común. Junto con el diálogo el amor concreta el democrático valor de la igualdad en dignidad y oportunidades. Si nos comunicamos abiertamente y nos queremos incondicionalmente, compartiremos la vida social y el poder político en beneficio de todos. La verdad compartida desde la buena voluntad nos hace libres. Por la libertad se completa la vivencia democrática, que nos hace compartir nuestras libertades de modo responsable y para bien de todos.

Desvirtuado el humanismo democrático (el respeto a la vida, el diálogo, el amor y la libertad) y bloqueada la democratización de las instituciones (falta de separación de poderes y partitocracia), no es extraña *la grave crisis de participación ciudadana*. ¿Cómo hablar de una democracia global sin una participación global, amplia y continua? ¿Es posible un poder del pueblo sin el pueblo? El consumismo, el individualismo o reclusión voluntaria en intereses privados y el generalizado analfabetismo ético-político llevan a que incluso en referéndos cruciales se abstenga una mayoría de votantes. Incluso los supuestos analistas políticos o politólogos suelen reducir sus esquemas al manido, maniqueo e insustancial dualismo de “derecha” e “izquierda”, como si fuese una metafísica incuestionable de la política.

En fin, *una democracia global y digna* es el modo de vida social en el que se respeta toda vida humana, se aplica prioritariamente el humanismo del diálogo, el amor y la libertad, y se mantiene la separación de poderes, de suerte que la participación ciudadana en las decisiones sociales y su ejecución sea intensa y activa.

3. Antropología democrática global.

Como sabemos, *vivencialmente la antropología democrática consiste en los tres valores principales de la democracia y del hombre: el diálogo*, desarrollo de la inteligencia comunicativa compartida en igualdad de oportunidades; *el amor*, desarrollo de la voluntad amorosa y máxima benevolencia que proporciona la unidad humana afectiva y efectiva; *la libertad*, síntesis de autorrealización a través del diálogo y el amor. Esta tríada de valores antropológicos, morales y cívicos parte de otros más básicos, como la vida, la identidad, la paz y el trabajo; y desemboca en una amplia gama de valores consecuentes, como el cosmopolitismo y la valentía. Toda esta experiencia antropológica de valores o virtudes se aplica a la entera vida social y personal: en política, derecho, pedagogía, economía, etc. Ya hemos presentado algunas de estas aplicaciones.

La vivencia de una antropología democrática se asienta en el conocimiento antropológico y en su humanismo. Una completa antropología interdisciplinar es la base y el contexto necesario para un modelo antropológico ético-político conducente a una humanidad democrática. La amplia científicidad de la antropología se asienta en estar bien coordinada con las demás ciencias humanas, en contar con los debidos apoyos de las ciencias biomédicas y medioambientales, y en su propia armonización interdisciplinar interna. Mas su científicidad no puede ser ciega ante el drama humano y ante su responsabilidad como orientadora del progreso humanizador. La ciencia antropológica debe estar comprometida con el humanismo. En suma, *la científicidad interdisciplinar antropológica ha de estar al servicio de una antropología humanista, que en la sociedad depare una antropología democrática: una visión y práctica inteligente sobre la entraña democrática del ser humano*.

Pablo López López
IES Caballero Bonald. Jerez de la Frontera. Cádiz.
latinidad@ono.com